



Ética y Psicología

Puntos de encuentro y divergencias en las concepciones del concepto de ética en algunos autores representativos de la filosofía griega, la filosofía moderna y la ciencia contemporánea¹

Lorena Martínez Parra²

Jesús Goenaga Peña³

Resumen

El objetivo de este artículo es de servir de referencia, para otros profesionales y otras disciplinas, no solo el área de la psicología, además para todo aquel que se interese por el tema de la ética. Esto a través de un recorrido por algunas de las propuestas éticas más representativas. Se retoman propuestas de la filosofía antigua tales como la propuesta socrática, la propuesta sofistas y aristotélica, posteriormente se revisan las propuestas modernas de Hume, Kant y Foucault y desde las propuestas contemporáneas, se expondrán teóricas desde la psicología moral, investigaciones desde la neuropsicología con autores como Jonathan Haidt que tiene una apreciación y propone una teoría desde lo social, Joshua Greene que trata de integrar lo social y lo racional. Por último se plantearán los puntos de encuentro y desencuentro, entre las teorías acá descritas y se propondrá una posible definición de ética que pudiese dialécticamente integrar las diferentes conceptualizaciones acá descritas.

Palabras clave: ética, moral, psicología moral, filosofía moral, racionalismo moral, juicio moral.

¹ Trabajo de grado para el pregrado en psicología de la universidad EAFIT. Medellín, Colombia.

² Psicóloga en formación, Universidad EAFIT.

³ Psicólogo, Magister© en Psicología, Universidad de Antioquia.

Abstract

The purpose of this article is to serve as a reference to other professionals and other disciplines, not only in the realm of psychology, but universally to anyone interested in the topic of ethics. The pretence of this article is to provide a brief abstract of some of the most important theorizations in history regarding ethics. This begins in ancient Greece with Socrates, Protagoras, and Aristotle; continues with the most important modern theories from Kant and Foucault, and concludes discussing the latest, contemporary approaches in moral judgement from authors Jonathan Haidt, and his Social Intuitive Model (SIM), and Joshua Greene's Dual Process approach. This article will discuss the similarities and differences between aforementioned theories, and provide a possible definition of ethics that could dialectically integrate the different conceptualizations that have been proposed.

Keywords: ethics, moral, moral psychology, moral philosophy, moral rationalism, moral judgement.

Vivimos en un tiempo que se siente fabulosamente capaz para realizar, pero no sabe qué realizar. Domina todas las cosas, pero no es dueño de sí mismo. Se siente perdido en su propia abundancia. Con más medios, más saber, más técnicas que nunca, resulta que el mundo actual va como el más desdichado que haya habido: puramente a la deriva.

(Ortega & Gasset, 1930, p.49).

Introducción

Según la carta de Ottawa, expedida por la OMS en 1993, se expone la importancia de la educación en habilidades para la vida, competencias psicosociales y habilidades interpersonales que ayudan a las personas a tomar decisiones bien informadas, comunicarse de manera efectiva y asertiva, y desarrollar destrezas para enfrentar situaciones y solucionar conflictos, contribuyendo a una vida saludable y productiva a nivel individual y social. Los estudios que plantean como tema central la ética, permiten acercarse a la comprensión de cómo deciden los seres humanos, abriendo las puertas para que esta comprensión pueda ser aplicada en campos diversos, tales como la educación, la política, la salud, entre otros. El objetivo de este trabajo, por tanto, es explorar el concepto de la ética y el recorrido que este ha hecho en las distintas tradiciones teóricas, a fin de contribuir a este campo de estudio y brindar mayores elementos para la intervención en los escenarios anteriormente nombrados para la construcción de bienestar social e individual.

La ética constituye una temática que transversaliza los distintos niveles de la sociedad, desde lo más singular hasta lo más general, al punto que cuando se presenta una carencia de la misma, se evidencian dificultades que son nombradas por Cortina (2013) de la siguiente forma:

Los valores éticos son efectivos también en la vida pública y en las economías es importante distinguir, como lo hacía Ortega y Gasset, entre estar altos de moral o desmoralizados como dos actitudes que pueden posibilitar o impedir respectivamente que las personas y las sociedades lleven sus vidas con bien. Porque una persona, un pueblo desmoralizado no está en su propio quicio y en su vital eficacia, no están en posesión de sí mismos y por esto no viven ni construyen sus vidas, sino que las hacen otros, no crean, no son fecundos, ni son capaces de crear un futuro. (p.19)

Adicionalmente, la ética busca y pretende la promoción de una reflexión dialéctica entre los valores del contexto y los valores personales, la cual se orienta en pro de una armonía interna y con los otros. En palabras de Foucault (1984), esta idea podría relacionarse con el concepto del cuidado de sí, debido a que este concepto para el autor es ético en sí mismo, pero implica relaciones interindividuales; es decir, la ética de la libertad buscará un cuidado del otro que estaría dado por relaciones de influencia y no dominación. Por tanto, la ética sería un estilo de vida que promueve una continúa reflexión sobre lo que se hace, sobre las normas establecidas, los actos propios y, en consecuencia, sobre una responsabilización por estos actos y no una vida guiada por parámetros externos no reflexionados.

Según Camps (2013), hombres más éticos serían “hombres más críticos y reflexivos, no complacientes sin más con la realidad actual” (p.16). Según esta definición una actitud ética invita y capacita a los sujetos a reflexionar sobre sus decisiones y actos antes de llevarlos a cabo de una manera crítica. Este comportamiento reflexivo y crítico prevendría el acatamiento automático de la norma, que se aleja de la posibilidad de generar espacios y momentos creativos para la evolución de las normas sociales; dicho de otra forma, una actitud crítica y reflexiva conduce a dar grandes saltos en la vía de la evolución de las sociedades promoviendo formación de personas más conscientes de sus actos y, como consecuencia, más responsables de sus decisiones.

En este orden de ideas, se pretende retomar nociones y autores representativos que presentan la ética desde la filosofía y la ciencia contemporánea, a fin de considerar una lectura actualizada de lo que es este concepto y cómo su estudio ha venido evolucionando.

¿Qué es, entonces, la ética?

Definir términos que tienen una larga tradición histórica, ya que a lo largo de la historia los diferentes usuarios le han dado connotaciones y matices diferentes, siempre de acuerdo a sus teorizaciones y a las coordenadas sociohistoricas de los mismos. Por lo que tratar de definir esta palabra de por sí ya sería limitar toda esta riqueza acumulada a través de la historia. La ética según Cortina 1994 sería un tipo de saber que orienta la actividad

humana a través del uso de la razón y para actuar racionalmente no solo en momentos específicos sino en el transcurso de la vida, es decir que se convierte en un modo de ser.

Ética viene de la palabra griega *èthos* que significa *carácter o modo de ser* y de acá que Cortina (1994) retome la importancia del origen de esta, ya que ayuda a encontrar también una relación con la psicología más allá de la sola filosofía, en particular, cuando vemos que la palabra en su origen griego significa “carácter” o “modo de ser”. La forma de ser es determinante en cómo las personas viven su vida y toman decisiones, pese a que hayan muchos factores y variables externas que puedan condicionar al sujeto. La forma misma como las personas se enfrentan a esas variables, a esas condiciones externas dadas y a la toma de las decisiones, estaría determinada precisamente por su forma de ser, por su carácter. Por esto, como lo menciona Cortina (1994), “el carácter desde el que se asume la vida es el centro último de decisión” (p.18) y, además, por esto bien dice Heráclito de Éfeso citado por Cortina: “el carácter es para el hombre su destino” (p 18).

Para continuar se hace necesario aclarar que por el momento los términos moralidad y ética se usarán indistintamente a manera de sinónimos; pero más adelante se expondrá la diferencia entre estos a lo largo del recorrido histórico. Ahora bien, algunas teorías respecto al origen de la ética intentan responder preguntas acerca, por ejemplo, del papel de la genética de nuestra especie, ¿acaso se nace con una especie de esquema moral? ¿Estos sistemas morales, serían innatos o instituidos?

Para dar respuesta a estos interrogantes se encuentran investigaciones que soportan básicamente estos posibles orígenes: según la concepción hobbesiana, el mito explica que antes de que existiera un estado o una sociedad con normas, existió un estado, digamos, pre-ético consistente en la soledad o en un caos. Ya que tan pronto se fueron reuniendo las personas en pequeñas comunidades se hizo inevitable el conflicto (razón de la famosa frase de Hobbes de “el hombre es un lobo para el hombre”) y, de esta manera, garantizar la supervivencia y el orden social solo era posible a través de la creación de normas (Midgley, 1995).

Existiría también una explicación del origen de la ética religiosa, específicamente cristiana, la cual tuvo exclusividad en la edad media, donde la religión tenía poder sobre casi todos los asuntos humanos. Esta teoría dice que, quizás la moralidad, es decir, este

conjunto de normas dadas para la convivencia era un intento del hombre por perfeccionarse y ser digno de Dios, tendría su origen en el mito de la caída del hombre generado por nuestra imperfección, según lo describe la Biblia en el libro del Génesis.

En el otro extremo se encontraría planteada la moralidad como resultado de principios universales comunes del altruismo, la gratitud, la cooperación y la justicia, por ejemplo, que no serían el resultado de una elección personal, sino el producto de la evolución social de acuerdo a unas predisposiciones biológicas. Entre los dos extremos habría una visión integral que le da el valor que le corresponde a la educación o la fe como mecanismos canalizadores de la moral, no como una conducta aprendida, sino como una predisposición natural.

Retomando la propuesta de una predisposición natural, entendida como una especie de materia prima para lo que hoy conocemos como moral y ética, en los estudios etológicos de las especies se puede observar como existen pautas de comportamiento al respecto del aprovisionamiento en grupo de alimentos, atenciones, vigilancia, cuidados recíprocos y cuidado de las crías. Este tipo de observaciones demuestran que los animales han desarrollado fuertes motivaciones necesarias para poder formar y mantener pequeñas sociedades que garantizan la supervivencia. Se observan comportamientos como la limpieza recíproca, la eliminación de parásitos y protección mutua. Estas tendencias no surgen por cálculos deliberados de los mismos a partir de una guerra o caos, estas especies son capaces de vivir juntos y cooperar. Sencillamente porque tienen una disposición natural a este tipo de comportamientos sociales (Midgley, 1995).

Estas disposiciones naturales no constituyen por sí mismas las condiciones sociales y las normas de las comunidades humanas pero determinarían la materia prima inicial que permitió que esta fuera posible, ya que fueron fuente de motivaciones conductuales generales y más básicas que condujeron a la moralidad, de forma paralela a la evolución biológica y social del Homo Sapiens, constituyendo bases que posteriormente serían formalizadas como una moral, por medio de la inteligencia y el lenguaje humano.

La moral y la ética, como indica Cortina (1994), “no es invento de filósofos, sino que acompañan a la vida de los hombres desde siempre, no es derecho positivo, sino natural” (p19.). Todas las civilizaciones se han preguntado cómo llevar una vida buena y

ser justos, a pesar de la variedad de respuestas: “Los hombres poseemos una estructura moral, aunque los contenidos cambien históricamente” (Cortina, 1994, p.23).

Ahora bien, la ética y la moral, que en sus orígenes etimológicos significaban lo mismo, hoy están claramente diferenciada. Desde el punto de vista etimológico, las palabras ética y moralidad no son muy diferentes: Moralidad viene del griego “*mos, moris*” y ética del griego “*ethos*”. Estas dos raíces griegas serían palabras sinónimas que equivalen a “*costumbres*”, de modo que, desde una postura filosófica se podría decir que ambas palabras se refieren a la intención de fundamentar racionalmente las costumbres y el accionar humano. La diferenciación que se fue dando posteriormente ha sido una consecuencia histórica que tiene que ver con las coordenadas socio historias y con las posturas de los filósofos que hicieron elaboraciones al respecto, siendo Hegel a quien se le atribuye el término de moralidad o moral y reservándose así el término ética para a la actualización de la propuesta Aristotélica (Guisti, 1991).

Ética en la filosofía antigua. Los sofistas y el relativismo ético

Los sofistas eran aquellos filósofos griegos que se dedicaban a enseñar la sabiduría, a través del estudio del hombre, la sociedad y a los problemas éticos. La ética sofista se basaba en un relativismo individual y social, haciendo una diferencia considerable entre lo convencional y lo natural, centrándose siempre en la virtud de los hombres y su posibilidad de elección del bien antes que del mal. La guía de teorización y construcción del conocimiento tenía un objetivo último y era la finalidad práctica, es decir: enseñar el arte de vivir y de gobernar. Históricamente, los sofistas fueron los primeros en preguntarse si las leyes morales eran naturales o convencionales, proponiendo su convencionalidad, es decir una moralidad de carácter relativo como el conocimiento mismo y que el lenguaje era usado para justificar el accionar o las opiniones (Camps, 2013). Se podría decir, entonces, que el lenguaje pone de manifiesto la articulación de nuestra razón, más que para elegir un comportamiento u opinión, para justificarlos.

Protágoras, reconocido como el padre de los sofistas, proponía con base en este relativismo práctico que el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto

que son y de las que no son en cuanto que no son. Es decir, teniendo en cuenta que el hombre es el único ser que determina lo que las cosas son o no son, sin embargo, si algo es verdadero o falso tiene un carácter individual y subjetivo, ya que lo justo o injusto, lo bello o feo, lo bueno o lo malo, no pueden determinarse de manera objetiva y universal, sino de acuerdo de cada persona. Es así como plantea que cada hombre tendría su verdad; sin embargo, existiría un relativismo también social lo cual lleva al hombre a ser guiado por la sociedad, aceptando como verdadero lo que en la sociedad es aceptado como verdadero. De acuerdo con esta propuesta, esto se extiende a los valores éticos: ‘lo bueno será lo bueno para mí desde lo individual’, y ‘lo bueno será bueno si es bueno para la sociedad, si se adopta un relativismo social’. Protágoras planteaba que el hombre es un ser individual, que a medida que se encuentra con la cultura se hace más colectivo y es moldeado por la sociedad (Montoya, 2013).

Otro exponente de los sofistas, Gorgias, planteaba que la verdad no era posible de ser alcanzada por el hombre, pues su entendimiento, logrado a través de sus sentidos es limitado: no se conocen las cosas tal como son, sino como aparentan (Aranguren, 1998).

En conclusión, los sofistas proponen una visión relativa del conocimiento: no habría tesis que no pudiera ser defendida con un buen argumento (Camps, 2013). Por ello los sofistas consideraban importante la retórica, entendiéndola como las técnicas del lenguaje puestas al servicio de una finalidad persuasiva o estética; este relativismo del conocimiento aplicaba para la ética, ya que no habría normas o valores absolutos, los sofistas, especialmente Protágoras, defienden que no habría normas objetiva y absolutamente válidas, así que lo que es bueno para uno, es malo para otros. Desde el punto de vista psicológico, se podría inferir que la propuesta ética de los sofistas contempla cómo los diferentes niveles de la vida humana (singular, familiar, social, cultural, etc.) y las condiciones o la combinación de las variables dentro de estos mismos, confeccionan diferentes formas de leer la realidad y de valorar comportamientos o normas.

Los socráticos y una propuesta de la ética racional

Los asuntos éticos que preocuparon a los sofistas fueron los mismos que ocuparon la atención de Sócrates; la diferencia fue la forma o el método con el que se abordó. Sócrates le dio un fundamento racional a estos asuntos, planteando salvar la moral del relativismo y el escepticismo ya que, según él, era posible acceder a la verdad y encontraba en la propuesta relativista de los sofistas una excusa para no propender por el bien supremo y por la excelencia y la interpretaba como una excusa para el accionar poco ético.

Para Sócrates el bien, sería el conjunto de prácticas y valores guiados por la razón y lo que se obtenía como resultado de este ejercicio era la felicidad. En este sentido, planteaba que la práctica de la virtud era aquello que le era útil al hombre para alcanzar la felicidad, entendida como bien supremo (Camps, 2013). En contraste, para Sócrates la ignorancia era el mal supremo. La virtud, de acuerdo con lo descrito en el Menón, sería una sola, la sabiduría práctica (*phronesis*), que adquiere diferentes nombres según los objetos, por ejemplo, se le llama piedad a la relación del hombre con los dioses; justicia, a la regulación de las relaciones entre los hombres; templanza, a la superación de los obstáculos, etc.

Los esfuerzos de Sócrates estaban orientados a la construcción de un saber de carácter práctico, no teórico, y sus esfuerzos estaban dirigidos a la aplicación de la razón a través de su método, consistente en cuestionar todo y a todos. Sócrates exigía a sus interlocutores hacer uso de la razón y el lenguaje, no solo para justificar sus acciones, sino para fundamentar el pensamiento, la conducta y las opiniones. Estas ideas de corte racionalista se encuentran inmersas en algunas propuestas de la ciencia contemporánea que más adelante serán planteadas; también se encuentran en la propuesta moderna kantiana y, además, van cobrando coherencia con la definición dada por Cortina (1994), donde se plantea que la ética sería un tipo de saber que orienta la actividad humana a través del uso de la razón y que se convierte en un modo de ser.

Otro de los principios importantes de la ética socrática, es que era propuesta como filosofía práctica, es decir, que la filosofía y el ser filósofo correspondía según esta escuela a una manera de ser y estar en el mundo, no a la acumulación y difusión de conocimientos específicos dividiendo los saberes entre saberes teóricos y saberes prácticos. Esta filosofía

es conocida como sabiduría práctica o *phronesis* e implica conocerse a sí mismo en lo más profundo para reconocer sus propios valores. Se conoce a sí mismo quien es capaz de gobernarse más allá de un referente normativo comportamental, y es guiado por reflexiones sometidas a un ejercicio racional. Según Foucault, quien será expuesto más adelante, el cuidado de sí “sería el ejercicio de uno sobre sí mismo, mediante el cual uno intenta elaborarse, transformarse, acceder a un cierto modo de ser” (2002, p.20). En relación con la postura socrática, el sabio es el que, practicando la virtud, pone orden, equilibrio y armonía todo su ser, de acuerdo con la razón.

Propuesta ética aristotélica propuesta teleológica.

En contraste con la teoría idealista de Platón, Aristóteles plantea una teoría realista, que habla de lo práctico. La propuesta aristotélica, es llamada propuesta teleológica, ya que este filósofo plantea que la ética es una teoría de las acciones humanas. Otra característica fundamental y diferenciadora de la tradición racional de Aristóteles es que la ética, a diferencia de las matemáticas, era algo sobre lo cual no se podría dar respuestas exactas, ya que el objeto de estudio de la ética está orientado a las acciones humanas y estas en sí mismas no pueden ser determinadas, controladas y predichas con exactitud. Es más, las ciencias matemáticas están regidas por leyes o axiomas universales, mientras que las acciones humanas están sujetas a diferentes condiciones que pueden variar de acuerdo al sujeto, la cultura y la situación específica, lo cual daría cuenta del relativismo ético aristotélico.

Las acciones humanas deben ir orientadas hacia el bien, por lo que no serían juzgadas solamente en sí mismas, sino de acuerdo a sus consecuencias. En este sentido, para Aristóteles, la ética tiene que ver con que la consecuencia última de las acciones debe ser el bien, mientras que toda acción que tenga un resultado contrario al bien sería el mal. Esta propuesta es también llamada ética del sentido común, ya que se basa en los juicios morales del hombre y considera que la naturaleza humana tiende a lo bueno y a lo virtuoso, de manera que, por inclinación natural, el hombre tiende a los actos buenos (Aguirre, 2015). Así lo expresa Aristóteles: “todo arte y toda investigación, y del mismo modo toda

acción y toda elección, parecen tender a algún bien; por lo que el bien ha sido definido como aquello a lo que tienden las cosas” (Aristóteles, 2004 [S IV a.C.], p.131).

Ahora bien, Aguirre (2015) plantea que para Aristóteles el fin de la vida es la felicidad y la define como algo que no es extrínseco al sujeto, que no lo esclaviza y que excluye la miseria de su vida. A esta felicidad la define como un punto de llegada que requiere la actividad de la razón y el actuar de acuerdo a este, lo cual le es exclusivo al hombre. En estos términos lo expresa el filósofo griego:

Si planteamos como función propia del hombre un determinado tipo de vida (esta actividad del alma y las acciones que va acompañadas por la razón) y como función propia del hombre de valor el llevarla acá cabo bien y a la perfección [...] entonces el bien del hombre consiste en una actividad del alma según la virtud [...] pero es preciso agregar: en una vida entera. Una golondrina no hace verano, ni siquiera un día: así un solo día no convierte a un hombre en bienaventurado y feliz. (Aristóteles, 2004 [S IV a.C], p.23)

En la misma línea, Aguirre (2015) señala que, para Aristóteles, el alma del hombre es principalmente razón, pero no solo razón: en el alma también hay algo que se opone a la razón, esto serían, los apetitos y deseos. Para el filósofo griego el dominio de estos apetitos y deseos y su sometimiento correspondería a la verdadera virtud ética y esta se va adquiriendo a través de la repetición; es por esto que menciona las gaviotas como una metáfora de que una sola acción ética no hace al hombre ético, en cambio, se requiere de una forma de ser o de un carácter que se va forjando a través de la repetición de actos éticos sucesivos que, finalmente, se van convirtiendo en hábitos. De este modo, al igual que en el artes (carpintería, pintura, música), en la virtud se alcanzaría la justicia a través de la repetición de actos justos, la valentía se alcanzaría a través de la repetición de actos valientes, etc. Dicho de otras forma, la virtud es una predisposición natural en el hombre que se despliega a través del uso de la razón y del hacer actividades de acuerdo con esta, actividades que a través de su repetición se convierten en modos de ser y estar en el mundo.

Para concluir, en Aristóteles la ética es una teoría sobre el bien alrededor de la actividad humana, pero una actividad que se da en el mundo real, es decir, con sus imperfecciones y limitantes. Es una teoría del hacer humano en la experiencia que tiene por objetivo la formación de las personas en un saber práctico, es decir, en un saber ser

(Camps, 2013). De acuerdo con lo expuesto sobre los hábitos, un hombre puede haber creado hábitos tan malos y fuertes que le sea imposible dejar de obrar de tal manera; es decir, que un hombre puede cegar a su razón para que ya no logre discernir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Se plantea también que, de acuerdo con la facultad única que se le dio al hombre de razonar, si cae ante esta ceguera racional sería por su propia responsabilidad. Ante esta ideas, quizá se podría cuestionar si un hombre estaría ciego por falta de razón o si podría obrar mal a sabiendas de lo que hace ¿sería esto una cuestión de razón o de carácter que se ha labrado por el habito?

Hume y la teoría ética: el emocionalismo moral

El emocionalismo es la teoría ética según la cual los fundamentos para la experiencia moral no se encontrarían en la razón, sino en las emociones que las acciones y las personas involucradas despiertan en los hombres. El emocionalismo moral se opone al intelectualismo moral. Las teorías y conceptualizaciones acerca de la ética hasta el momento se veían monopolizadas en sus fundamentos por lo racional, afirmando que el poder distinguir entre lo bueno y lo malo estaría meramente y completamente anclado en la razón. Lo anterior como una garantía de lo universal y lo objetivo motivado por diferentes razones. Hume se atreve a resaltar la importancia de la esfera de lo emocional, es decir, de los sentimientos y las emociones en la vida moral. Las éticas clásicas tendían a buscar el fundamento de la condición moral del ser humano en su misma condición racional, y en virtud de ella a establecer lo bueno y lo malo, la virtud y el vicio y el planteamiento central de esta posición de podría traducir de esta manera, que el hombre como ser pensante debería vivir entonces una vida racional o de forma racional. Dejando de lado una esfera importantísima del mismo: la esfera emocional.

El conocimiento de los hechos nos muestra cómo son los hechos, no cómo deben ser. Por tanto, cualquier pretensión de deducir normas morales a partir de hechos cometerá una falacia, consistente en pasar ilegítimamente del ámbito del ser, al del deber ser o al contrario. Todas las éticas que fundamentan la moral en el análisis de la naturaleza humana cometen, a juicio de Hume, la falacia naturalista, ya que deducen las normas morales del análisis de lo que el hombre es. La moralidad no se ocupa del ámbito del ser, sino del deber

ser, no pretende describir lo que es, sino prescribir lo que debe ser. Sin embargo, de la simple observación y análisis de los hechos no se podrá deducir nunca un juicio moral, lo que “debe ser”.

La razón por sí misma según este autor y partiendo también desde una parte de nuestra naturaleza, sería incapaz de mover al hombre. La razón no nos impulsaría directamente y por sí sola a la acción, ni siquiera para su valoración; los sentimientos son los que realmente empujan a obrar. La razón puede ayudarnos a decidir; sin embargo es insuficiente. De acuerdo con esto Hume plantea:

Pero aunque la razón, cuando se ve cumplidamente asistida y mejorada, sea suficiente para instruirnos acerca de si las tendencias de las cualidades y de las acciones son perniciosas o son útiles, no es por sí sola suficiente para producir ninguna censura o aprobación moral. La utilidad es sólo una tendencia hacia un cierto fin; y si el fin nos resultara totalmente indiferente, habríamos de sentir la misma indiferencia hacia los medios. Se requiere, pues, que un sentimiento se manifieste, a fin de dar preferencia a las tendencias útiles sobre las perniciosas. (Hume, 2006 [1777], p.195)

Según esta cita las distinciones morales no tendrían origen en el conocimiento de los hechos; lo que se denomina "bueno" y "malo" no puede ser considerado como algo que constituya, que sea una cualidad o propiedad de un objeto o situación moral. Si se analiza una acción moral y se describen los hechos, según Hume, lo que se encuentra son las diferentes propiedades que pertenecen a ese hecho; pero lo bueno y lo malo no aparecerá como cualidad objetiva; sino que aparece según esta teoría como un sentimiento de aprobación o desaprobación, de agrado o desagrado. Hume intenta mostrar que la bondad o maldad no son cualidades que se incluyan como un elemento o propiedad real del objeto que valoramos; ya que dicho carácter no aparece en la descripción de las propiedades reales de los objetos que podemos percibir (colores, formas, tamaños, movimientos, etc.). Conocidas todas las circunstancias de un hecho no es la razón la que juzga sobre la bondad o maldad, sino el sentimiento.

Filosofía moderna, Kant y la ética del deber ser

La edad moderna se corresponde al período en que se destacan valores tales como: el progreso, la comunicación y sobretodo la razón frente al período anterior, la Edad Media, que es generalmente identificado como una edad aislada e intelectualmente oscura, en la que la verdad era dada bien por la religión o por la autoridad. La nueva mentalidad, produjo un cuestionamiento general de la sabiduría medieval y se da un nuevo ‘boom’ de las ciencias matemáticas por su rigurosa capacidad de explicar el orden universal de una manera objetiva. Uno de sus filósofos más ilustres es Descartes quien inaugura este cuestionamiento a lo antiguo con su famoso escrito el discurso del método, donde su cuestionamiento continuo se orienta a poder encontrar una certeza racional, una certeza universal. De acá que Kant, como hijo de sus coordenadas socio históricas, pretendió aplicar esta racionalidad también al área de lo humano, de la ética y al problema del bien y el mal.

La ética de Kant tiene como objetivo último, que el hombre pueda fundamentar su actuar ético, no en algo externo (placeres, deseos, religión, estado, la sociedad o la voluntad divina), sino que el hombre pueda ser autónomo a través de los imperativos que le formula su razón. Con respecto a las normas sociales, es decir, a la moral, Kant plantea que las únicas normas que pueden ser obligatorias y universales, serían aquellas que pasaran por un examen de la razón, donde, estas normas puedan ser válidas para todos los seres humanos, en honor o motivado por un valor supremo que sería el respeto a todos los hombres. (Aguirre, 2015).

Tradicionalmente, el postulado anterior pondría en oposición a Aristóteles y a Kant, ya que Kant en su propuesta establece que el deber ser estaría orientado por aquellas normas que pueden ser universalizables para todos; al contrario de Aristóteles, que tiene en cuenta la singularidad de los sujetos y de las situaciones. Ahora bien ¿qué quiere decir Kant con que el hombre sea autónomo? Kant plantea que el hombre debe ser libre como primera condición para actuar éticamente, es decir, que tenga capacidad de elegir entre diferentes opciones de conducta. De acuerdo con esto, también Cortina (1994) dice:

el hecho mismo de que exista el saber ético, indicándonos como debemos actuar, en un sentido u otro, es buena muestra de que los hombres somos libres, en un sentido o en otro, por muy condicionada que este nuestra libertad. (p.21)

De acá que la libertad se convierte en un elemento básico del mundo ético, como lo ilustra el mismo Kant en la frase: “si debo, es porque puedo”, según es citado por Cortina (1994, p.21).

Finalmente, plantea Kant que la razón humana puede actuar con completa autonomía ya que un bien sin esta posibilidad es un bien que se da sin libertad (Giusti, 1991). Esta libertad racional implica que la razón funcione sin interferencias externas, por lo que la moralidad no tendría cabida en su propuesta, ya que toda definición de lo que es bueno o justo, sería una imposición social, coartadora de la libertad de la razón, condición para el actuar ético, según Kant.

Desde un punto de vista social es muy difícil pensar en que un sujeto tome decisiones sin interferencia de elementos del ambiente, por ejemplo, de la cultura a la que pertenece y de acuerdo con los valores de esta misma. En este sentido, Kant reconoce la existencia de estas posibles inclinaciones o metas que puede imponer la cultura y a estas metas subjetivas tomadas del entorno cultural, les llamó ‘máximas’, las cuales tienen cierto grado de generalidad por originarse en determinada cultura y son el resultado de nuestro trasegar empírico por la vida y de las influencias sociales.

Según la propuesta de Kant, entonces, lo que el hombre debe hacer con estas máximas subjetivas, para elevarlas a la calidad de universales y puras, es someterlas al ejercicio de la razón, siguiendo la fórmula del ‘imperativo categórico’: “actúa de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre, al mismo tiempo, como un principio de legislación universal” (Kant, 2007 [1788], p.97).

Lo que el imperativo categórico ordena es el hombre debe examinar sus máximas y, en consecuencia, solo debe elegir aquellas opciones que puedan satisfacer ese carácter universal, de manera que esta máxima pueda ser aceptada por todos, incluyendo al sujeto cuando esta sea aplicada por otro. En resumen, se podría decir que, para Kant el bien se da como consecuencia de la aplicación del imperativo categórico a las máximas subjetivas.

Aunque la propuesta kantiana ha sido muy cuestionada por su separación de la razón y lo empírico, el objetivo o motivación de este autor era poder dar las pautas éticas a través de las cuales las personas pudieran actuar de acuerdo a una autonomía, una libertad de lo externo. Se presentó así, una perspectiva moral que no fuera susceptible de ceder o doblegarse a intenciones o razones utilitaristas; esta depuración moral lleva, por así decirlo, a proponer que el imperativo categórico no es relativo ni circunstancial y que lo que busca es que sea justo para todos los seres humanos, que permita el respeto de todas las personas y que este respeto de cada persona no pueda ser sometido por contingencias o instancias superiores (Aguirre, 2015). Esto porque, para Kant, el ser humano debe ser el fin en sí mismo, es decir, las acciones deben estar orientadas hacia el bien del ser humano siempre.

De esta manera, según la propuesta moderna, partiendo por Hobbes y continuando con Kant, la moralidad plantea a grandes rasgos que la razón es autónoma y que esta debe ser la legisladora. Las consecuencias prácticas de este dominio de la razón serían que las personas podrían decidir el bien sobre el mal simplemente usando su razón y sin admitir ningún discurso externo. El problema y la crítica más grande a esta propuesta es que, como lo plantearon Aristóteles inicialmente y Hegel en la modernidad, la razón en la práctica no puede ser completamente autónoma pues siempre dependerá de una u otra forma del exterior que es donde se relaciona el hombre con los otros y donde cobra sentido el debatirse y pensarse el problema del bien y el mal. Aristóteles va más allá y señala que sería irrealizable una definición teórica del bien para los problemas que enfrenta el ser humano que son de carácter irrevocablemente prácticos, es decir, estaríamos hablando de dos naturalezas diferentes de las propuestas acerca del bien y el mal: la teoría se preocupa por lo universal, lo generalizable; mientras la praxis se ocupa de las contingencias y las singularidades que, en este caso, son características propias de los seres humanos y situaciones a las que se enfrentan y que requieren.

Foucault y la ética del cuidado de sí

De acuerdo con Foucault, la ética sería un tipo de saber fruto del uso de la razón vuelta sobre sí mismo, es decir, sobre el individuo. El cuidado de sí, según Foucault, se ilustra en la hermenéutica del sujeto de esta manera: ‘la inquietud de sí’, traducida del

griego *epimeleia heautou*, “sería la inquietud de sí, ocuparse de uno mismo, preocuparse por uno mismo, etc.” (Foucault, 2002 [1982], p.17). Teniendo en cuenta la definición anterior, *epimeleia heautou* sería ser capaz de generar prácticas subjetivas, que permitieran crear una suerte de relación consigo mismo y, a partir de esta relación, el individuo se convierte en sujeto de sus propias acciones. Es decir, que la relación que se entabla consigo mismo, desde esta inquietud de sí, lo facultaría para ser más consciente de sus decisiones y acciones, ya que estas estarían en coherencia con el conocimiento que ha construido y de cómo se ha ocupado de sí mismo.

La propuesta ética del cuidado de sí debe ser entendida desde tres ejes fundamentales. En primer lugar, se debe entender como una manera de ser y estar en el mundo, de poner en consideración las cosas, de realizar acciones y de relacionarse con otros. Según este primer planteamiento, el cuidado de sí sería una actitud con respecto a uno mismo, a los demás y al mundo. El cuidado de sí no solo estaría promoviendo una mirada egocéntrica donde lo que el sujeto considera bueno para sí es aquello que exclusivamente dirige su comportamiento, también se posibilita un enfoque reflexivo acerca de lo que sería bueno para los demás y el entorno. Este cuidado de sí, se plantea entonces como una actitud que puede promover relaciones armónicas entre el sujeto y su entorno. En segundo lugar, Foucault plantea que el cuidado de sí tiene que ver con una mirada determinada que va del exterior a uno mismo, lo cual permite considerar que el individuo se convierte en referente de comportamiento, prestando atención y reflexionando acerca de lo que siente y piensa. El autor hace referencia a *epimeleia melete*, una palabra griega emparentada con *epimeleia heautou*, que traduce ejercicio, meditación; esto también sería: “una filtración permanente de las propias representaciones: examinarlas, controlarlas y seleccionarlas” (Foucault, 2002 [1982], pp.62-63). Por último, *epimeleia heautou* también haría referencia a una serie de acciones con las que se modificaría, purificaría y transformaría el individuo.

Otro concepto clave de la ética foucaultina y que se relaciona con el problema pensado por los griegos, es el de la libertad. Según este autor la libertad es la condición ontológica de la ética de manera que la ética sería entonces el ejercicio de la libertad de manera reflexionada Foucault (1984). Con respecto a esto Cortina (1994) dice:

Ciertamente, nacemos con una constitución genética y psicológica, que no elegimos, como tampoco el contexto social. Por eso algunos filósofos hablan de que cada hombre desde el nacimiento le toca una lotería natural [...] que no elije; sin embargo, a diferencia de los animales, los hombres nos vemos obligados a modificar nuestra herencia o bien a reforzarla, eligiendo nuestro propio carácter, [...] a esa necesidad originaria de elegir el propio carácter le llamamos libertad [...] y puesto que estamos condenados a ser libres, a elegir, más vale que nos esforcemos hacer buenas elecciones. (p.19)

Autores contemporáneos y propuestas teóricas del estudio de la moralidad

En los estudios contemporáneos sobre la moralidad se integran los planteamientos filosóficos y científicos; algunos de estos estudios, llevados a cabo por neurocientíficos, buscan comprender el funcionamiento del cerebro frente a dilemas éticos y la influencia de las emociones en la formación de juicios morales. Por ejemplo, Haidt (2015) hace uso de la analogía del sentido del gusto para exponer algunos de los detalles más representativos de su teoría acerca de los juicios morales; de esta forma, la relación que existe entre gusto, afecto, efecto producido y conducta es muy clara: los sabores son buenos o malos, hay sabores que gustan y hacen que las personas quieran repetir esa experiencia considerada como buena pero hay sabores que disgustan y se rechazan. La analogía del gusto plantea que al igual que existen receptores involucrados en el proceso de percepción del sabor, también existen receptores sociales que serían el origen o el principio de los juicios morales, operando como fundamentos morales culturales e históricos.

Ahora bien, el Modelo Social Intuicionista (SIM, Social Intuitionist Model) de Haidt, ejemplificado en la analogía del gusto, se encuentra en oposición a la concepción racionalista del juicio moral, propuesta que tradicionalmente se había postulado en la psicología moral por Piaget y Kohlberg en el siglo XX. Haidt entiende que esta corriente racionalista ha sobrevalorado el papel de la razón en la formación de los juicios morales, mientras que, bajo su perspectiva la razón es raramente causal de los juicios morales (Haidt, 2015). El SIM, en cambio, ubica su principal interés en la intuición, la cual es descrita por Haidt como un proceso automático que aparece repentinamente en la conciencia como un juicio estético y que sirve como guía en la toma de decisiones. El procesamiento racional advendría *post hoc*, o después de esta primera impresión de carácter

intuitivo y automático, representando una justificación para el juicio que ya se ha realizado. De manera que, el procesamiento racional no explicaría el juicio moral, sino más bien lo que aparece en la conciencia como representación del mismo, por lo que el juicio moral se asemejaría a un juicio estético, ya que en presencia de un acto moral, se experimenta una sensación inmediata e instantánea de aprobación o desaprobación (Haidt, 2015).

Así pues, para Haidt, el juicio moral es un proceso automático y afectivo y no racional; lo racional daría cuenta de una fase secundaria a la evaluación inicial. El autor está de acuerdo con la tesis de que la razón no fue diseñada y no evolucionó para la búsqueda de la verdad, sino para ayudar con la argumentación y la discusión y, por el contrario, el razonamiento se queda corto en confiabilidad cuando se trata de la deliberación en creencias y decisiones; en muchos casos, incluso, puede ir en detrimento de la racionalidad misma, ya que puede llevar a juicios pobres porque se buscan sistemáticamente argumentos para justificar las creencias dando paso a una confirmación parcializada, el razonamiento motivado y el razonamiento basado en la elección entre otros.

Desde el referente social, Haidt demostró que, a pesar de las diferencias culturales, se pueden encontrar ciertos principios morales comunes en todas las sociedades humanas independiente de sus diferencias culturales, a partir de lo cual construye la teoría de los Fundamentos Morales: Daño / Cuidado, Justicia / Trampa, Imparcialidad / Reciprocidad, Autoridad / Respeto y Santidad / Degradación. En términos generales, los fundamentos dan cuenta de cargas que son de tipo afectivo y automático.

La propuesta del proceso dual

La propuesta de Greene (2015) se denomina Teoría del Procesamiento Dual y surge a partir de un reconocimiento de lo planteado por Haidt acerca de que la importancia carga intuitiva tiene una importancia fundamental en la toma de las decisiones morales. Greene retoma los antecedentes filosóficos racionalistas propuestos por Kant y los aportes emocionalistas de Hume, a fin de establecer una integración dialéctica de esta dos propuestas donde presenta un procesamiento cognitivo moral que presenta elementos de

control por vía de lo racional (referente kantiano) y elementos de carácter emocional y automático (referente humeano).

Greene retoma de Kant la tendencia racional hacia una maximización del bien mayor, es decir, el utilitarismo, a través de la maximización del bienestar y la minimización del malestar. Ampliando este enfoque desde la evidencia neuropsicológica se encuentra que, ante situaciones donde se decide el bien mayor se encuentra mayor activación del procesamiento racional, es decir que los fundamentos morales no serían suficientes para la toma de la decisión, entonces se utiliza una lógica de tipo utilitarista asociada al razonamiento.

La perspectiva del deber ser humeano, es retomado por Greene desde el enfoque de la deontología, estableciendo una relación con las normas establecidas socialmente. En este sentido, se encuentra una relación entre la resolución de los juicios morales desde la perspectiva deontológica y la presencia de respuestas de tipo intuitivo y automático asociadas a los sistemas morales sociales instaurados históricamente y a los fundamentos morales intuitivos. Por este motivo, se encuentra un procesamiento de carácter emocional en la demostración empírica de esta teoría.

Greene (2015) utiliza la metáfora de una cámara fotográfica para explicar su teoría. Las cámaras tienen funciones automáticas que vienen determinadas por el fabricante cuando este se ha anticipado a las diferentes condiciones en las que se podrían tomar fotos; es así que la cámara, automáticamente, hace la colocación de todas las funciones necesarias para que la foto salga lo mejor posible, ya que tiene algunas funciones predeterminadas para situaciones estándar. Pero la cámara fotográfica no solamente tiene estas funciones automáticas, también tiene funciones manuales para ser ajustadas por el usuario según sea su objetivo o situación específica. Esta combinación entre lo automático y lo manual permiten eficiencia y flexibilidad, asemejando al procesamiento dual de la cognición moral en situaciones decisorias: por un lado, lo automático sería esos fundamentos morales sociales que aparecen de manera intuitiva y son de orden emocional y, por otro lado, lo manual se estarían refiriendo al procesamiento racional.

Greene considera que el cerebro usa un dispositivo o unas funciones similares a las expresadas en la analogía de cámara fotográfica a fin de afrontar los problemas por medio

de funciones automáticas, cercano a la propuesta de Haidt y Hume; y por medio del pensamiento consciente y deliberado. Por último, plantea que el componente emocional del procesamiento moral tiene sus bases en los fundamentos morales de las sociedades humanas, pero que estos existen gracias a la capacidad del razonamiento que ha permitido que se hayan ido formando a través de la evolución, no solo biológica sino social.

Conclusiones

De acuerdo con el recorrido teórico-histórico presentado sobre el concepto de ética, se exponen algunos puntos de encuentro y disenso entre las teorías descritas, para brindar un panorama comparativo:

Se encuentra que, aunque la propuesta sofista y la propuesta socrática coinciden en ser una propuesta de corte racional, los sofistas consideraban una ética relativista proponiendo, no solo un relativismo subjetivo, sino también social, es decir, una ética de acuerdo a cada grupo y a cada persona. En contraposición, Sócrates planteaba la universalidad de lo ético: la razón y el bien eran inmutables, el bien era solo uno y coincidía con la búsqueda de la excelencia; consideraba que la razón era la forma para alcanzar esta excelencia (*areté*) a través de la filtración de los conceptos morales y del conocimiento de sí mismo por la razón. Proponía que esta verdad, a diferencia de la propuesta sofista, no podía ser enseñada o transmitida, sino que cada hombre debía buscar su propia verdad a través del conocimiento de sí, que lograba por su razón.

En la propuesta aristotélica encontramos que, al igual que Sócrates, el hombre tiende al bien, a la búsqueda de la excelencia, que es la felicidad o *eudaimonía*. Sin embargo, esta tendencia podría cuestionarse en el caso de los sofistas, ya que ellos proponían que la moral no era una tendencia natural en el hombre, sino una consecuencia convencional, por lo tanto el hombre no necesariamente tendería al bien por naturaleza. Por ser una teoría realista y no idealista, Aristóteles propone un intelectualismo ético, distanciándose de la posición idealista de Platón y defendiendo su propuesta de poder conocer y aprehender la realidad a partir de la experiencia. Aristóteles coincide con el uso de la razón como punto orientador de la acción; sin embargo, considera que el desarrollo de

la virtud para alcanzar esta felicidad se da a través de un ejercicio práctico de lo que la recta razón orienta. De acuerdo con la esta propuesta, los vicios tendrían su base en la instauración de un mal hábito o de un exceso, mientras que, para Sócrates, en una postura intelectualista los vicios tendrían su origen en la ignorancia. En este sentido, se podría plantear el vicio en Sócrates desde lo que inconscientemente se ignora y en Aristóteles desde la voluntad y la conducta.

La ética de Aristóteles tiene como fin la búsqueda de la felicidad, la cual el hombre sabio busca en el ejercicio de la actividad que le es propia al hombre, esto es, la vida intelectual. Lo cual no excluye el goce moderado de los placeres sensibles y de los demás bienes, a condición que no impida la contemplación de la verdad. De modo que la virtud se refiere al ejercicio de la razón para ser sabio por medio de la práctica.

Hume presenta una propuesta revolucionaria al introducir la esfera de lo emocional hasta entonces no contemplada en lo relacionado con el actuar ético. Según este autor, la razón no nos impulsaría directamente y por sí sola a la acción, ni siquiera para su valoración. Los sentimientos son los que realmente empujan a obrar y la razón puede ayudarnos a decidir, a medir consecuencias y a comprender la utilidad de los objetos y hechos morales; sin embargo, es insuficiente para motivar al hombre.

En Hume se encuentra que la base de la ética está en la emoción a partir de la experiencia misma; mientras que Kant propone una ética de carácter formal e idealista esencialmente. De acuerdo con esto, según Hume el comportamiento estaría basado en juicios morales que se dan a partir de emociones; en cambio, de acuerdo con Kant, el comportamiento estaría guiado por unos principios o máximas subjetivas pero que, en última instancia, deben estar sometidas al imperativo categórico. De esta forma, se encuentra una clara oposición entre lo relativo a cada sujeto, con base en sus emociones, y una propuesta universalizable en congruencia con el imperativo categórico. El lugar de la razón para Hume es un lugar auxiliar a lo ético; mientras que para Kant, al igual que los clásicos antiguos como Sócrates y Platón, la razón es la principal vía para alcanzar la virtud.

Al comparar la propuesta aristotélica y la kantiana se encuentra que, en la primera el fundamento de la ética y la moral es la experiencia, ya que según su postulado es el hábito

y la práctica constante los que llevan a un obrar correcto; en cambio, Kant plantea que la ética no sería producto directo de la experiencia, sino que esta guía para el comportamiento ético estaría dentro del propio sujeto, quien debe ser capaz de concebirla de forma directa e instantánea sobre la base de los principios de la razón. La principal diferencia entre estas perspectivas radica en que, para Aristóteles la virtud es un medio para conseguir el bien último supremo del hombre que es la *eudaimonía*, mientras para Kant es tan sólo un fin en sí mismo que necesariamente no debe llevar a la felicidad, pero que puede acercarnos o hacernos dignos de ella.

La propuesta de la ética de Foucault es también de carácter racional pero, a diferencia de la propuesta de Kant, por ejemplo la propuesta de este filósofo es que la mirada de la razón se vuelve sobre el propio sujeto, para que este encuentre su propia verdad, es decir, una verdad de carácter subjetivo.

Retomando los distintos abordajes, se puede considerar que la ética es tan antigua como el hombre, y se ha de reconocer que cada autor es hijo de su tiempo, de sus coordenadas socio históricas y, por esto, se han ido construyendo conceptos sobre la ética bajo dichas coordenadas. Se podría decir que hay una estrecha relación entre la ética y la realidad humana de cada momento histórico, pero la ética no podría ser completamente relativa. Más bien, se podría decir que la ética no es un concepto o un conocimiento estático y transmisible; sino que la ética, más que un conocimiento, es un saber y un saber de carácter práctico.

En resumen, a través de las diferentes teorías acá descritas se observa que la aplicación de la razón a los juicios y a las decisiones es una de las características más importantes y más comunes del trabajo teórico del campo de estudio de la ética. Según las propuestas contemporáneas se plantea que la razón ha ido evolucionando no necesariamente para ser objetiva; sin embargo, la propuesta socrática retomada por Foucault y últimamente por Cortina, plantea que la reflexión sería la clave de la ética, lo cual se integra con lo planteado hace siglos por Aristóteles, e implica convertir esta reflexión en un hábito, es decir, en una forma de ser.

Por último se podría decir que quizá nuestra propia razón está orientada a la justificación de nuestros juicios y que la ética podría describirse como la continua reflexión

sobre los mismos, lo que permitiría entrenar la razón para funcionar de una manera diferente a la prescrita por la sociedad, y por las predisposiciones bio-psico-sociales, permitiendo conductas menos impulsivas a través de este entrenamiento. Esto sin desconocer el papel de las intuiciones emocionales en el proceso de los juicios morales; pero permitiendo que también estas intuiciones, a pesar de ser automáticas inicialmente puedan ser filtradas a través de una razón cada vez más entrenada.

Referencias

- Aguirre, J. M. (2015). *Ética y emancipación*. Barcelona: Anthropos.
- Aranguren, J. L. (1998). *Ética*. Barcelona: Altaya.
- Aristoteles. (2004). *Ética a Nicomaco*. Madrid: Alianza.
- Caero, T. N. (2013). La ética sofista. *La ética sofista*. La Paz, Bolivia.
- Camps, V. (2013). *Breve Historia de la Ética*. Barcelona: RBA Divulgación.
- Cortina, A. (1994). *¿Que es La Ética?* Madrid : Trotta.
- Cortina, A. (2013). *Para Que Sirve La Ética?* Barcelona : Paidós.
- Cortina, A. (1994). *Ética de la empresa. Claves para una nueva cultura empresarial*. Madrid: Trotta.
- Foucault, M. (1984). La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad. (H. B.-M. Raúl Fonet-Betancourt, Entrevistador)
- Foucault, M. (2002). *La Hermeneutica del Sujeto*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Gasset, O. (1930). *La Revelación de las Masas*.
- Greene, J. (2015). Conferencia Edge sobre la nueva ciencia de la moral. En J. Brockman. (Ed.), *Las mejores decisiones* (pp. 302-315). Barcelona: Crítica.
- Guisti, M. (1991). Moralidad o Eticidad una Vieja Disputa Filosófica. *Revista del Seminariode DIllosofia del Instituto*, 76-79.

- Haidt, J. (2015). Conferencia Edge sobre la nueva ciencia de la moral. En J. Brockman. (Ed.), *Las mejores decisiones* (pp. 286-301). Barcelona: Crítica.
- Hume, D. (2006). *Investigación Sobre los Principios de la Moral*. Madrid: Alianza.
- Kant, I. (2007). *Crítica de la Razon Práctica*. Madrid: Alianza.
- Midgley, M. (1995). Origen de la Etica. En P. Singer, *Compendio de Etica* (págs. 29-42). Madrid: Alianza.
- Singer, P. (1995). *Compendio de Etica*. Madrid: Alianza.